

Migración y trabajo

Incidencia del cooperativismo en migrantes bolivianas en Argentina

*Alejandra Amantini
Julieta Sánchez Aragone**

RESUMEN

Esta investigación surge a partir de una serie de prácticas en una cooperativa de mujeres tejedoras, ubicada en la Villa 31, en el barrio de Retiro, en la ciudad de Buenos Aires. El estudio muestra que el trabajo individual representa no sólo una manera de sobrevivir materialmente, sino también un espacio importante para crear identidad. El trabajo cooperativo permite a las migrantes superar de manera creativa la difícil situación que conlleva vivir como migrante: se reúnen en torno a sus habilidades y conocimientos adquiridos en su país de origen. Además, la cooperativa, con el tiempo, se convierte en un lugar de pertenencia y, como tal, les permite construir una identidad colectiva. Al ser miembros de las cooperativas artesanales, las mujeres legitiman su trabajo en Argentina. Esto es posible debido al reconocimiento que las cooperativas han logrado en este país gracias a la promoción del gobierno argentino y sus políticas públicas de inclusión social mediante el trabajo. Sin embargo, todavía hay un problema por resolver, y es la desigual capacidad de negociación entre productores cooperativos y los intermediarios del mercado (que tienen acceso a los mercados ricos), y que tiene el efecto de una alta plusvalía sólo para los intermediarios. Dos situaciones diferentes conviven en la experiencia de trabajar en una cooperativa: la unión recíproca dentro de la misma y las situaciones de desigualdad con el mercado.

KEY WORDS: identidad laboral, vida cotidiana y cooperativas.

ABSTRACT

This research work has been developed after carrying out preprofessional practices within a cooperative of women weavers, located in the shantytown known as Villa 31 in the neighborhood of Retiro in the City of Buenos Aires. This research shows how an individual's work represents not only a way to survive, materially speaking, but also a potential space to create one's personal identity. Cooperative work enables migrants to creatively overcome the difficult situation of being a migrant: they gather round their capacity of developing an activity

* Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires [alejandra_amantini@yahoo.com.ar] [julysanchez85@gmail.com].

connected to some knowledge acquired in their country of birth. Besides, the cooperative eventually becomes a place where they belong to and, as such, it enables them to build a collective identity. By becoming cooperative members artisan women legitimate their work in Argentina. This is possible due to the important recognition that cooperatives have achieved in this country by being strongly promoted by the Argentine government and its public policies of social inclusion by means of work [“Inclusión social con trabajo”]. However, there is still one problem to be solved, and that is the unequal capacity of negotiation between cooperative producers and the market intermediaries (who have access to wealthy markets) which has the effect of a high capital gain only for the market intermediaries. Two different situations coexist in the experience of working in a cooperative: the reciprocal bonding within the cooperative and the unequal situations in the relationship with the market.

KEY WORDS: work identity, daily life and cooperatives.

INTRODUCCIÓN

La presente investigación surge a partir de una serie de prácticas realizadas durante el 2009 en el Centro de Salud Comunitaria (Cesac) 21, localizado en la Villa 31, del barrio de Retiro, en la ciudad de Buenos Aires. La mitad de la población de esta localidad está compuesta por inmigrantes, sobre todo de Paraguay, Perú y Bolivia. Intentamos reflexionar acerca de los cambios sucedidos en la vida de las mujeres que migran de Bolivia, a partir de su participación en la Cooperativa de Trabajo de Mujeres Tejedoras.

El centro de salud atiende sobre todo a mujeres inmigrantes, en su gran mayoría madres o que están por serlo. Según profesionales del Cesac 21, suelen consultar por sus hijos, no por ellas. En sus discursos, posicionan al hombre como quien debe hacerse cargo de la subsistencia económica de la familia, mientras ellas permanecen en el hogar, “sin trabajar”, ya que el trabajo como “ama de casa” no está legitimado como una labor, al no ser rentado ni constituir un aporte económico para la familia. Son pocas las que participan de organizaciones o trabajan fuera de sus espacios domésticos.

La propuesta de intervención del centro de prácticas de “acompañamiento al sujeto”, que hace hincapié en las potencia-

lidades de las personas, más que en sus situaciones problemáticas, nos motivó a observar las experiencias de mujeres que eligieron alternativas de trabajo que implican un cambio en su subjetividad. En dicho marco, tuvimos conocimiento del trabajo que estaban realizando, desde el 2003, las “tejedoras artesanales”.¹

Entendemos que a partir del trabajo cooperativo se pone en juego la “invención” (Corea y Duschatky, 2002), la posibilidad de habitar la situación de manera creativa, reuniéndose en torno al desarrollo de un trabajo a partir de saberes adquiridos en el seno de sus familias de origen y, a la vez, hacer de ese espacio un lugar de pertenencia e identificación entre ellas.

La presente investigación constituye una posibilidad de construcción de espacios de intervención que tienen que ver con experiencias de autogestión y organización colectiva en torno al trabajo, permitiendo visualizar de qué manera los procesos colectivos influyen en la vida cotidiana de los sujetos.

Precisiones metodológicas

Esta investigación se realizó con la técnica cualitativa, entendida como “la investigación que produce datos descriptivos, esto es: las propias palabras de las personas, habladas o escritas y la conducta observable” (Taylor y Borgan, 2006).

Utilizamos dicha metodología para enriquecer las categorías de análisis y para caracterizar nuestro objeto de estudio, para lo cual fue necesario establecer vínculos entre los relatos y su contexto social de producción, a fin de obtener una reconstrucción significativa de los discursos de las mujeres trabajadoras.

Llevamos a cabo un trabajo de investigación con base empírica, a partir de entrevistas a seis mujeres, socias de la cooperativa. Debemos señalar que, en adelante, presentaremos a las entrevistadas con otros nombres, para preservarles su identidad.

A partir de la temática analizada, el tipo de estudio fue de carácter descriptivo y exploratorio; además, examinamos la información

¹ Denominación que ellas utilizan para autodefinirse y nombrarse. A lo largo de nuestro trabajo tomaremos dicho término para hablar de las mujeres que participan de la cooperativa.

observacional y de expresión oral y escrita. Se trata de un estudio descriptivo, porque examinamos las formas en que las asociadas a la cooperativa se apropian de diferentes herramientas, recursos materiales y simbólicos. Y exploratorio, porque consideramos que la relación entre cooperativismo, migración y género ha sido poco desarrollada en otras investigaciones hasta el momento, y resultó de nuestro interés profundizar en este aspecto.

La metodología cualitativa además nos permitió recoger información a partir de pautas flexibles. Tal como lo señala Alonso (1998), los discursos tienen un carácter polisémico, y el análisis del discurso “es la búsqueda de un sentido” de entre los muchos que encierra. Entendemos que no se trata de algo que está ahí, sin más, sino que se genera en la interacción del sujeto con su contexto social; incluso, con el proceso de investigación como espacio social construido que también define, crea y elige significados. Al mismo tiempo, nuestro análisis intenta considerar los vínculos entre los discursos y sus condiciones de producción, en relación con discursos dominantes y legitimadores.

Para desarrollar la investigación, nos servimos de diferentes técnicas de recolección de datos, como entrevistas y observaciones, al mismo tiempo que recogimos datos de fuentes secundarias, como material bibliográfico, registros, informes y documentos proporcionados por la cooperativa, tales como el *Estatuto* y libros sociales.

Seis trabajadoras de nacionalidad boliviana, socias de la cooperativa desde hacía por lo menos dos años, nos concedieron las entrevistas, entre los meses de septiembre y octubre de 2010. El tipo de entrevista fue semiestructurada, por considerarla más adecuada para la obtención de los datos que pretendíamos alcanzar. Aunque se enmarcaron dentro de ciertos ejes preestablecidos por el equipo investigador, esto nos otorgó flexibilidad en el proceso de aplicación.

Las observaciones fueron realizadas durante los días de reunión de las asociadas, que fueron seleccionados previamente con el fin de tomar registro de su interacción entre ellas mismas y con el espacio. Esta técnica fue pertinente para recabar información sobre algunos ejes temáticos, difíciles de obtener en una entrevista, tales como participación, compromiso, solidaridad y cooperación, entre otros.

Por último, los datos obtenidos de las fuentes bibliográficas fueron el marco referencial para el desarrollo y análisis de la pesquisa.

Estructura del trabajo investigativo

Con el fin de exhibir los resultados alcanzados gracias a los testimonios obtenidos, y en articulación con el material bibliográfico, elaboramos tres capítulos para una mejor organización y comprensión del lector. En el primero, caracterizamos y realizamos un análisis de los conceptos que nos permitieron enmarcar el proceso de investigación: el trabajo y su papel en la conformación de identidades. Asimismo, realizamos una breve caracterización del desarrollo de las cooperativas, destacando sus potencialidades y falencias, las que nos permitirán una mejor comprensión del trabajo que desarrollan las tejedoras artesanales en la cooperativa.

En el segundo apartado, abordamos el análisis de la identidad, profundizando la mirada en la identidad laboral, siendo ésta una bisagra que nos permitió analizar, en el capítulo siguiente, de qué manera la participación en la cooperativa produce cambios en la vida cotidiana de las mujeres migrantes.

En el capítulo final nos ocupamos del concepto vida cotidiana, desplegando los distintos ámbitos de ésta, para analizar de qué manera influyó la construcción de una identidad laboral asociada al trabajo en los diferentes ámbitos de sus vidas.

Como cierre, exponemos una serie de conclusiones, producto del desarrollo del trabajo, intentando dar respuestas y formular interrogantes con respecto al mundo del trabajo autogestionado, de las nuevas posibilidades de invención que las mujeres encuentran en el espacio de trabajo y de la riqueza de los vínculos construidos en el mismo.

PAPEL DEL TRABAJO EN LA CONFORMACIÓN DE LA IDENTIDAD

El tema de la identidad laboral nos invita a reflexionar acerca de los conceptos que se entrecruzan para conformarla: la identidad y el trabajo. Estos resultan por sí mismos sumamente complejos, dado

que contienen múltiples dimensiones de la vida social, combinando elementos objetivos y subjetivos, estructuras individuales y colectivas, que se ponen en juego en un determinado devenir histórico y biográfico a la vez.

Para ello, nos focalizaremos en el trabajo cooperativo como una forma de buscar alternativas al acuciante problema de desempleo que se agudizó con la crisis de 2001 en Argentina. El trabajo cooperativo se constituirá en el marco del análisis posterior sobre la manera en que las mujeres conciben su trabajo, y los cambios que éste trae en sus vidas cotidianas.

El trabajo

El concepto de trabajo ha requerido de diversas esquematizaciones teóricas para poder pensar la compleja trama simbólica que entraña. A continuación, desarrollamos una serie de conceptos que ilustran la variedad de significados y de análisis disponibles para pensar al trabajo en la actualidad.

Para ello, consideramos pertinente retomar los aportes de Yamamoto (1997), quien enuncia que el trabajo para el ser humano es un proceso de producción y reproducción de los medios de vida. Es decir, el valor se expresa en mercancías, así como en medios de producción y de subsistencia, lo cual supone que, para sobrevivir, el trabajador sólo tiene que vender su fuerza de trabajo en forma de salario.

Así, la sobrevivencia y la reproducción de las clases trabajadoras en la sociedad capitalista dependen fundamentalmente del salario recibido por el trabajador a cambio de la venta de su fuerza de trabajo en el mercado; en este caso, porque se trata de trabajadores asalariados despojados de los medios de producción y de los medios de vida, monopolizados por los propietarios del capital y la tierra.

Yamamoto destaca un aspecto importante, al considerar el trabajo como una acción socialmente necesaria para el ser humano, ya que enmarca un contenido de reproducción de las relaciones sociales de clase y una producción de necesidades sometida dentro de una demanda social. De tal modo, el trabajo no sólo es fuente de sobrevivencia material y posibilitador de una reproducción

puramente biológica, sino que se constituye en un posible *anclaje identitario*.

Esta concepción del trabajo indicada impulsó la presente investigación, porque consideramos que la posibilidad de un trabajo democrático y colectivo abre las puertas hacia nuevas maneras de pensarnos en el mundo, trascendiendo la esfera puramente económica. Como puede leerse en el discurso de Marta:

Sí, la plata ayuda pero no vengo acá sólo porque sé que voy a tejer y me van a dar plata; la semana pasada, por ejemplo, no había nadie a las 4:00 en el galpón, y entonces les fui a tocar el timbre a una por una, hasta que vinieron todas [...] Les dije: "¡Vamos, que hay que empezar!". No quería tejer en casa, me gusta que nos reunamos, compartir, contarnos qué es lo que nos pasó en la casa, no por chusma sino por si a la otra le pasó algo que no puede charlar con su marido, o le pasó algo a los chicos en la escuela.

Sin restarle importancia a la reproducción material, observamos que las tejedoras artesanales han encontrado en la cooperativa un espacio a partir del cual construir su identidad. En relación con esta idea, De la Garza (2000) plantea el concepto *ampliado de trabajo*, al considerar sus aspectos materiales e inmateriales, la incorporación de objetos simbólicos, así como su dualidad objetiva y subjetiva. De esta manera, el trabajo no necesariamente consiste en una actividad exclusivamente instrumental, sino que puede tener en sí mismo su propio fin. Al considerarse junto con otras esferas de la vida cotidiana, como la familiar, la económica y la educativa, etcétera, el trabajo se configura en un concepto que va más allá de la esfera laboral. Por el contrario, el concepto reducido de trabajo lo concibe como una actividad que no puede dar lugar a ningún potencial de autonomía ni de autorrealización personal.

En la construcción biográfica de una identidad laboral y, por lo tanto social, los individuos entran en relaciones de trabajo, participan, bajo una u otra forma en las actividades colectivas dentro de las organizaciones, intervienen de una u otra manera en el juego de los actores. A pesar de que el trabajo ya no ocupa el lugar central en la construcción identitaria de los sujetos, consideramos que su importancia sigue siendo relevante en la conformación de subjetividades y en el proceso de dar sentido a la vida de los sujetos. En la actualidad encontramos un debilitamiento de los

enlaces, pero el trabajo no ha desaparecido como una dimensión de la construcción identitaria de los sujetos. Ser reconocido en el trabajo, establecer relaciones con otros, sean conflictivas o de cooperación, e involucrarse personalmente en una actividad son, aún hoy, prácticas constructoras de identidades.

Rupturas y continuidades del trabajo en la sociedad argentina

La problemática del trabajo nos remite a considerar la “crisis de la sociedad salarial” como organizadora de la vida social de las personas, de su tiempo, de su familia, de su socialización. Una crisis de una sociedad donde la *seguridad* estaba relacionada con la posesión de los derechos y protecciones ligadas al trabajo, garantizados por el Estado. Se pensaba el futuro con progreso social donde la certidumbre de un mañana mejor era la regla.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con el desarrollo del capitalismo industrial, los trabajadores agrupados en sindicatos poderosos y defendidos por ellos, seguros por estas formas de regulación colectiva,

[...] se beneficiaron con las protecciones extendidas sobre las bases del empleo estable [...] Los dos pilares sobre los cuales están edificados los sistemas de protecciones colectivas –el Estado y las categorías socioprofesionales homogéneas– vienen resquebrajándose desde la década de 1970 (Castel, 2004:54).

En un contexto donde la movilización popular (con mayor medida, la sindical) constituía un fenómeno masivo, era necesario desarticular estos colectivos para poder instalar la valorización financiera² (Basualdo, 2001), factor principal del nuevo modelo de acumulación neoliberal. Es así como la dictadura militar de 1976 se encargó de erosionar uno de los pilares que había ayudado a domesticar al mercado, es decir, la defensa de los intereses de los asalariados a partir de organizaciones colectivas, pues se trataba de un movimiento social y político que fortalecía el trabajo y

² Renta financiera que reciben los capitales oligopólicos líderes en las restantes actividades económicas.

perjudicaba al capital. Para esta nueva economía, el rol del Estado era ineficiente y el libre mercado era la única estrategia posible para solucionarlo, posibilitando así la concentración del capital.

[La dictadura militar depuso un modelo donde la estructura social] resultó dramáticamente distinta de la que había a comienzos de los años setenta [...] Una sociedad mucho más desigual, con alta concentración de la riqueza, dejó un desafío que la naciente democracia tardó en asumir y mucho más en afrontar (Schuster, 2007).

A partir de aquí comienza el “modelo aperturista democrático” (Basualdo, 2001), que abarca los gobiernos de Raúl Alfonsín, Carlos Menem y Fernando de la Rúa. Tal modelo instaura un nuevo patrón de acumulación (valorización financiera) que trae aparejado un claro dominio del capital sobre el trabajo, expresado en una manifiesta regresividad de la distribución del ingreso y en un nivel de exclusión social nunca antes visto en la Argentina.

Durante estos tres gobiernos se introdujeron una serie de políticas que perjudicaron en su mayoría a los asalariados y que sólo beneficiaron la acumulación de capital. Las políticas de ajuste que se fueron introduciendo predominaron y se multiplicaron durante los gobiernos menemistas. El primero (1989-1995),

[...] produjo una enorme aceleración de la tendencia económica antipopular (concretó las privatizaciones de las empresas estatales, cambió el régimen de jubilación, avanzó en la flexibilización de las relaciones laborales, estableció la economía de libre mercado, controló la crónica inflación argentina).³

Además, avanzó en la flexibilización de las condiciones laborales. Como resultado de ello, y de su capacidad de acción política, pudo construir hegemonía. Pero el resultado de la puesta en práctica del

³ La inflación había llegado en 1989 a una situación inmanejable. El proceso hiperinflacionario desatado (sin que los grandes poderes económicos hubieran sido completamente ajenos a su producción), provocó la salida del gobierno de Alfonsín unos meses antes de lo institucionalmente previsto, aunque mediante elecciones normales. En 1991, el gobierno de Menem establece la paridad fija del peso con el dólar, sobre la base de un régimen de convertibilidad que duraría más de diez años, hasta comienzos de 2002.

modelo neoliberal y la alianza con los sectores de la alta burguesía y el poder económico financiero fue una sociedad enormemente desigual y excluyente, con alta desocupación, pérdida de la capacidad productiva nacional y una inmensa transferencia de recursos, tanto de los sectores obreros y medios a los sectores altos, como de los sectores nacionales a los transnacionales, con una constante volatilidad de los capitales.

Como sostiene Bauman (2003): “la nuestra es una versión privatizada de la modernidad, en la que el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen primordialmente sobre los hombros del individuo.” De este modo, la retirada del Estado social llevó a buscar un refugio en los pequeños círculos cercanos. La exclusión social de grandes masas de trabajadores obligó a buscar soluciones urgentes al desempleo a partir de modelos de gestión asociativos, mayoritariamente cooperativos. En ese contexto se enmarca el surgimiento de gran cantidad de cooperativas, entre ellas la de trabajo de las tejedoras artesanales de la Villa 31.

En el marco de un trabajo cooperativo, estas mujeres construyen una determinada trayectoria laboral, indudablemente influida tanto por las condiciones de existencia de las entrevistadas como por sus experiencias individuales, familiares y sociales. Las características de dicha modalidad de trabajo condicionan esta construcción; por lo tanto, las desarrollaremos brevemente en el siguiente apartado.

El trabajo cooperativo

La cooperativa es, por definición, “una asociación autónoma de personas, unidas voluntariamente, para atender a sus necesidades y aspiraciones económicas, sociales y culturales comunes, a través de una empresa colectiva y democráticamente controlada”.⁴

Las cooperativas están basadas en los valores de autoayuda, responsabilidad propia, democracia, igualdad, equidad y solida-

⁴ Declaración aprobada el 23 de septiembre de 1995 por la Alianza Cooperativa Internacional en la ciudad de Manchester (Inglaterra), durante el Congreso del Centenario.

ridad, de acuerdo con la concepción de los pioneros de Rochdale. Estos valores se ponen en práctica a través de los principios del cooperativismo (Schmidt y Perius, 2007). Los principios son siete: Adhesión libre y voluntaria; Control democrático por parte de los socios; Participación económica de los socios; Autonomía e independencia; Educación; Entrenamiento e información; Cooperación entre cooperativas, y Preocupación por la comunidad. El poder de decisión pertenece exclusivamente a los trabajadores y es compartido en forma igualitaria sin importar sus calificaciones o sus aportes de capital (un socio, un voto). Dicha forma de organización produce modificaciones en las relaciones sociales y personales.

Sus potencialidades tienen que ver con la transmisión de experiencias a los que recién ingresan al mercado de trabajo y con los vínculos que su organización, basada en la horizontalidad, puede posibilitar. Sus debilidades tienen que ver con sus dificultades de inserción en un mercado dominado por oligopolios y sus pocas posibilidades de acceso al crédito.

Sin intención de idealizar esta alternativa organizacional, diremos que la cooperativa de trabajo es un tipo de empresa diferente y que puede ser tanto o más productiva que la empresa capitalista. Esto implica tener en claro que los factores clásicos de la producción, el trabajo y el capital, tienen un valor diferente en la cooperativa que en la empresa capitalista, y reconocer que la cooperativa de trabajo modera el conflicto entre el trabajo y el capital por el compromiso, riesgo e interés directo que asumen los asociados para el éxito de la empresa.

La cooperativa de trabajo de tejedoras artesanales surge en 2003, en el marco de un Estado de bienestar que ha caducado, en un contexto de globalización de todo lo que implique beneficios económicos y ganancias exorbitantes, sin importar el actor principal de la globalización, el ser humano y, por lo tanto, el deterioro de su calidad de vida.

Debemos señalar que, si bien esta cooperativa en particular no surgió a partir de alguna política pública formulada desde el Estado nacional, su constitución coincide con un momento histórico particular en el cual aumenta considerablemente la creación de cooperativas de trabajo. Dicho aumento se da a partir del establecimiento de distintos programas sociales, que privilegian

la figura del cooperativismo de trabajo,⁵ y la gran cantidad de cooperativas creadas para recuperar empresas quebradas durante la crisis de 2001.⁶

La cooperativa se constituye de esta forma en la única opción de trabajo autogestionada que genera confianza y seriedad hacia afuera, con un respaldo legal. A través de la cooperativa, las mujeres tienen la posibilidad de adquirir los materiales para trabajar (madejas de lana), asumiendo el compromiso colectivo de la entrega del trabajo terminado en tiempo y forma, situación que no sería posible si ellas no estuvieran asociadas. Por todo lo anterior, consideramos que esta coyuntura no se hubiera dado de ese modo en los periodos históricos precedentes.

Sin embargo, a partir de los discursos de las mujeres, pudimos visualizar que la cooperativa se presenta como una alternativa de inclusión social ambigua. Por un lado, parece constituirse en una instancia superadora de la opresión que sufren los trabajadores en el actual mercado laboral flexible. Opresión que no sólo se hace evidente en la plusvalía que es apropiada por el capitalista, sino también en las modalidades de trabajo. Al no estar organizada de manera piramidal, la cooperativa permite relaciones de horizontalidad, tendiendo a una democratización de los vínculos laborales. Pero, por otra parte, la opresión capital-trabajo sigue estando presente en la relación desigual que se establece entre el valor de mercado y el precio final que estos productos adquieren cuando se venden en locales situados en barrios de alto poder adquisitivo. La tejedoras artesanales son conscientes de esta inequidad, y tratan de superarla buscando canales de negociación, como deja entrever Alicia en su relato:

Cuando fui al local y vi el precio en la vidriera me quería morir; entonces fui y le dije: me pagas 20 y lo pones a 200 [...] y ahí nos empezaron a pagar un poco mejor, pero igual sigue siendo poco.

⁵ Entre 2003 y 2008, el INAES participó en la constitución de unas cuatro mil cooperativas de trabajo para la ejecución de los programas Plan de emergencia habitacional, Plan agua más trabajo, Construcción de Centros Integradores Comunitarios, Plan manos a la obra.

⁶ Hoy existen alrededor de 300 empresas recuperadas, gestionadas por cooperativas, que han permitido que diez mil obreros continúen en sus puestos de trabajo.

En este sentido, la cooperativa no se erige en una instancia superadora de situaciones de inequidad, pero posibilita el acceso a canales de negociación tendentes a obtener mejoras. Por medio de la cooperativa, las artesanas logran una legitimación de su trabajo, sustentada en el reconocimiento que ha adquirido esta figura jurídica en Argentina.

Para reflexionar acerca de los cambios que las mujeres viven a partir de su incorporación a la cooperativa, consideramos importante adentrarnos en lo que entendemos por identidad, el otro concepto que conforma a la identidad laboral.

CONFORMACIÓN DE IDENTIDADES

Pensar el proceso de construcción de una identidad laboral de las mujeres artesanas, nos invita a reflexionar acerca de qué entendemos por identidad, pensándola como una de las dimensiones humanas que mejor nos muestra la compleja relación recíproca entre la estructura social y los sujetos sociales.

La construcción identitaria es un proceso complejo, entrecruzado por multiplicidad de variables. En la vida cotidiana de las tejedoras artesanales, se entrecruzan múltiples identidades; ellas se autodefinen en sus discursos como mujeres, bolivianas, madres, esposas y trabajadoras.

Consideramos importante entender las identidades en su carácter vivo, mutable y dinámico; por esto, es necesario comprenderlas en articulación con los contextos relacional y situacional, a partir de los cuales se construyen y reconstruyen. En este sentido, nuestro análisis se centra en el trabajo cooperativo como el contexto en el cual las mujeres se encuentran en sus distintas formas de pensarse en el mundo; y de qué manera dicho encuentro les permite construir una identidad asociada al trabajo a partir de las múltiples relaciones sociales implicadas.

Siguiendo a Denys Cuché (2002:111), consideramos la identidad como “una construcción que se elabora en una relación que opone un grupo a los otros con los cuales entra en contacto”. Para esta autora, la aprehensión de la identidad se encuentra en el orden de las relaciones entre grupos sociales. La identidad se construye en una relación dialéctica entre lo individual y lo social, lo que somos,

la autopercepción que tenemos y la representación que el resto de la sociedad tiene de nosotros, siendo la misma el resultado de dos definiciones: la externa y la interna.

En términos de Maura Penna (1992), la identidad está asociada, en principio, a la territorialidad, basada en la organización político-administrativa oficial, que delimita un espacio: localidad, municipio, región o nación.

A esto se le agrega la vivencia, es decir, cómo se incorpora el hecho de haber nacido en ese territorio, la experiencia de vida en ese lugar. Esto nos pone frente al problema de determinar cuánto tiempo uno debe estar en ese lugar para decir que es de ahí. En este aspecto, las mujeres artesanas, en su mayoría, habitan el suelo argentino hace más de 20 años, pero dicha característica no le quita importancia a su autodefinición como bolivianas; ellas recalcan continuamente, no sólo que son diferentes por su nacionalidad, sino que sus vínculos cercanos se llevan a cabo junto con "paisanos" de su tierra.

Al mismo tiempo, existe en ellas un continuo "retorno" a su tierra, en los discursos que manifiestan un deseo de regresar, a lo que se le suma que gran parte de sus familiares se encuentran viviendo en Bolivia: "casi todas, tenemos a nuestra gente viviendo allá". Un tercer componente está conformado por la cultura, las prácticas culturales, vestimenta, comida y la organización político-económica.

Al migrar, las tejedoras artesanales van cambiando en varios aspectos su forma de organizarse, desde la manera de vestirse y alimentarse, hasta las condiciones habitacionales en las que se encontraban. En su mayoría, migran desde zonas rurales, insertándose en un paisaje urbano totalmente diferente que, de a poco, va transformando sus prácticas culturales, identificándose en muchos momentos con prácticas denominadas "porteñas". Esto no implica que sean menos bolivianas, sino que da cuenta de una dimensión de la identidad que, como bien refiere la autora, tiene componentes de la vida cotidiana, que no tienen relación únicamente con la nacionalidad o su país de origen.

En sus construcciones identitarias existen múltiples identificaciones que no pueden reducirse a su nacionalidad, aunque ésta se constituya en una dimensión importante en sus vidas. La tejedora artesanal construye una determinada identidad en relación con su ser mujer, madre, esposa, trabajadora y boliviana.

Penna propone ver la identidad como una forma de representación social, esto es, esquemas de pensamiento, que nos permiten aprehender la realidad, ordenar el espacio social, otorgar sentido a esa realidad, y esto se traduce en clasificaciones sociales.

De esta manera incorporamos lo simbólico, aquellos objetos y prácticas que tienen en sí mismos el carácter de ambigüedad. Los símbolos están cargados de valores para unas personas, mientras que, para otras, carecen de sentido. Se construye así una identidad que es móvil, flexible, y adquiere otras dimensiones: género, ciudadanía, política, trabajo.

Desde esta concepción, el espacio social es considerado simbólico, un sistema clasificatorio que da lugar a disputas sociales. La identidad surge según la posición de los agentes en el espacio y la posibilidad de apropiarse de ese espacio, ya que la identidad se construye en relación con el otro.

Maura Penna (1992) señala dos direcciones en la construcción de la identidad: cómo nosotros nos calificamos (la autoatribución) y cómo nos califica el otro (la alteratribución). La meta de las luchas por la identidad consiste en hacer coincidir las dos direcciones. En referencia a dicho proceso, creemos importante traer el relato de Alicia:

[...] mucha gente dice que los que vivimos en la villa somos marginales; yo no me considero marginal, yo no nací acá, no nací en la villa. A mí no me llega todo así de arriba, trabajo, mi marido trabaja, y no soy argentina, no soy como Clara (vecina de Mabel), soy boliviana. No soy marginal.

En el discurso precedente se visualiza un juego entre la definición que Mabel hace de su condición de migrante y "villera", y la definición que los "otros" (vecinos, padres de la escuela de sus hijos, medios de comunicación) realizan, partiendo de una determinada concepción del "marginado".

Para muchas de las socias de la cooperativa, el trabajo se constituye en una manera de diferenciación con los argentinos, en una lucha por darle nuevos significados, rechazando una identidad que se les presenta como impuesta:

[...] no es por mala, pero acá somos pocas porque la gente lo que quiere es cobrar planes, y acá no hay planes, acá se trabaja; en la Argentina no se está tan acostumbrado a esto, allá [en Bolivia] sí (Claudia).

Queremos destacar el énfasis puesto en rechazar una identidad atribuida, la de ser villera y vivir de planes del gobierno, como condición necesaria para construir una identidad como trabajadoras artesanales.

En este sentido, los sistemas de clasificación son instrumentos de poder orientados a la satisfacción de los intereses de un grupo. En el juego de reconocimiento de un grupo, éste trata de tener presencia en la calificación oficial, que es la dominante. La disputa por el sentido coloca en discusión los límites y los atributos de una identidad.

La lucha por la identidad, como reconocimiento social de la diferencia, se origina en las relaciones de poder; desde ahí, se intenta legitimar una identidad pretendida, rechazar una identidad imputada, dar nuevos contenidos a la clasificación dominante.

La identidad es lo subjetivo pero también lo social, son las pertenencias y exclusiones, las afinidades y diferenciaciones, las cercanías y distanciamientos. Consideramos, además, que la identidad está vinculada a la concepción de sociedad y a la percepción que se tiene de la propia posición dentro de ésta.

La identidad se construye de manera permanente en la vida cotidiana; lo cotidiano entendido como la forma en que cada ser humano organiza su entorno, vive y concretiza lo social; por ello, en el desarrollo del tercer capítulo analizaremos de qué manera las mujeres migrantes conciben su trabajo, en relación con los distintos ámbitos de la vida cotidiana.

La identidad laboral

Elegimos dirigir y ampliar nuestra mirada hacia el trabajo cooperativo que las mujeres eligieron crear y recrear cotidianamente, desde la concepción de la identidad laboral, entendida como:

[...] el modo en que el sujeto elabora un sentido para sí a partir de la multiplicidad de relaciones sociales implicadas en su trabajo, y logra

un reconocimiento para él mismo por parte de sus compañeros. La consideración de la identificación de y por el “otro” implica que no hay identidad sin alteridad, puesto que ambas requieren un proceso de diferenciación y de generalización (Francfort *et al.*, 2003).

La identidad presenta un carácter dual, al constituirse en el resultado de una autopercepción y de una representación que los otros tienen de uno. Es aquí donde nosotras direccionamos nuestra mirada al analizar de qué manera la participación de las mujeres migrantes en la cooperativa influye y cambia sus vidas cotidianas.

Durante el desarrollo de la presente investigación, pudimos visualizar que el trabajo en la cooperativa se constituye en un espacio donde ellas despliegan relaciones que fomentan la solidaridad, la socialización, la creatividad y la construcción identitaria a partir de necesidades comunes.

Para analizar la construcción de una identidad laboral asociada al trabajo cooperativo, por parte de las mujeres migrantes, atendimos a las siguientes dimensiones:⁷

- El grado de satisfacción con las condiciones laborales, con la experiencia de trabajo, con la remuneración obtenida y con las perspectivas de futuro.
- Las representaciones asociadas al trabajo: poniendo la mirada en el sentido que ellas le atribuyen a su trabajo y en el reconocimiento por parte de los grupos significativos de referencia.
- La percepción dentro del proceso de trabajo: haciendo hincapié en el sentimiento de participación en el proceso productivo y en el nivel de implicación en la producción.
- La experiencia formativa: caracterizada por la capacitación y las experiencias previas de trabajo.

Para pensar el concepto de la identidad laboral, creemos importante entenderla en su dimensión social y cultural, ya que no puede reducirse al ámbito puramente laboral.

La identidad laboral se construye con los “otros”, que no son únicamente los compañeros de trabajo, sino también la familia,

⁷ Expuestas aquí con fines introductorios, ya que se ampliarán en el capítulo III.

los vecinos, los clientes, etcétera. De esta manera, pensar en la construcción de la identidad laboral de las mujeres migrantes nos pone frente a las distintas dimensiones que conforman su vida cotidiana, sus familias, su barrio, sus historias personales, su país de origen, las relaciones con los compradores de sus productos y las relaciones entre ellas.

VIDA COTIDIANA Y TRABAJO EN LA COOPERATIVA

Para reflexionar acerca de los cambios que vivenciaron las mujeres migrantes en su vida cotidiana, a partir del trabajo en la cooperativa, es necesario explicitar qué entendemos por vida cotidiana, determinando de esta forma los aspectos que serán considerados en el presente capítulo.

Siguiendo a Agnes Heller (1994), entendemos que “la vida cotidiana es el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social”; es el “día tras día” de cada uno de nosotros, que tiene un ritmo, un espacio y un tiempo, que está determinado históricamente. Son partes orgánicas de la vida cotidiana, la organización del trabajo y de la vida privada, las distracciones y el descanso, la actividad social sistematizada. En términos de Irving Goffman (1993), son nuestras vivencias diarias, repletas de significados, intereses y estrategias, entendidas como una serie de comportamientos que nos permiten crear la red personal de caminos por los cuales diariamente transitamos y construimos nuestras relaciones sociales.

En la vida cotidiana se entremezclan hegemonía y resistencia, coerción y consenso, reproducción y cambio social. Siguiendo a Carlos Eroles:

[...] las formas concretas que reviste la vida de los hombres están directamente relacionadas con las modalidades en que la existencia material se produce y reproduce. Cotidianidad es la manifestación inmediata, en un tiempo, en un ritmo, en un espacio, de las complejas relaciones sociales que regulan la vida de los hombres en una época histórica determinada [...] La vida cotidiana nos muestra un mundo subjetivo que yo experimento, pero a la vez, es un mundo

intersubjetivo, social, compartido. Para cada uno de nosotros “mi mundo”, es un mundo que vivo con otros (2003:40).

En la vida cotidiana, la realidad se muestra y se oculta a la vez, por lo que para su análisis demanda una problematización, desnaturalización y reflexión de lo que en apariencia se nos muestra como cotidiano y natural.

Para analizar los cambios que se han sucedido en la vida cotidiana de las mujeres migrantes, a partir de la construcción de una identidad laboral asociada al trabajo en la cooperativa, tomaremos los contextos que desarrolla Carlos Eroles en su libro *El enfoque clínico e interdisciplinario en trabajo social* (2003:37), que nos permitirán realizar una lectura situacional de la vida cotidiana, indagando de qué manera las mujeres construyen “su mundo”.

El análisis de la vida cotidiana nos muestra un mundo subjetivo que ellas experimentan, pero, a la vez, un mundo intersubjetivo, social, compartido. Dichos contextos tienen relación con el *collage* identitario con el cual las mujeres se piensan en el mundo, permitiéndonos pensar en su ser mujer, madre, esposa y trabajadora.

Cabe destacar que los contextos son divididos con fines analíticos, pero sabemos que hay entre éstos una relación de interdependencia. Por un lado, analizaremos, en el contexto histórico-cultural, de qué forma el proceso migratorio influye en el desarrollo de sus vidas, y cómo se conforma en una característica en común entre las asociadas. Por otro lado, en el contexto de las relaciones interpersonales, analizaremos cómo son los vínculos y la división de roles en la organización familiar y, por último, nos abocaremos a pensar en cómo su ámbito laboral se entrelaza con las dimensiones anteriormente mencionadas y cuáles son los cambios que este tipo de trabajo genera en sus forma de vincularse con sus “mundos”.

Contexto histórico-cultural

Este contexto es definido por Eroles como:

[...] el marco histórico en el cual se desarrolla un proceso cultural vivido desde el pueblo como una forma integral de vida, que da sentido y organiza a las relaciones del hombre con la naturaleza, con los otros hombres, con las situaciones problemáticas de su medio, a partir de un eje geo-histórico que enmarca su manera de “domiciliarse en el mundo”.

Una historia en común

Es triste dejar el pago y largarse a tierra ajena.

JOSÉ HERNÁNDEZ,
Martín Fierro

El contexto de surgimiento de la cooperativa se enmarca en un proceso de cambios económicos y culturales, en el cual las desigualdades sociales y la pobreza se incrementan, lo que trae aparejado un aumento de la movilidad poblacional mundial, porque en cada ser humano “está latente su sueño de dignificarse y mejorar su calidad de vida” (Varela, 2003).

En este contexto, las políticas actuales del mercado de trabajo potencian la movilidad de la fuerza de trabajo y la flexibilidad en las relaciones laborales, y esto afecta la identidad profesional de los trabajadores:

[...] después me vine y, como estaba en crisis acá, en el 2001 me fui; el dólar estaba subiendo más de 4 o 5; ahí me fui y me quedé allá casi tres, cuatro años. Me quedé en Bolivia hasta que aquí pasó todo (Lidia).

Siguiendo a Berger y Luckmann (1986), la realidad de la vida cotidiana se presenta como ordenada y ya establecida, y los seres humanos van aprehendiéndola en un continuo de rutinas de modo no problemático. Cuando esta continuidad es interrumpida, la realidad de la vida cotidiana se problematiza y busca integrar a este sector problemático al campo de las rutinas. Consideramos que la migración produce una ruptura importante en la cotidianidad

de las mujeres que participan en la cooperativa, y el encuentro con mujeres que han experimentado situaciones similares, se constituye en un hilo conductor de un posible lugar en común, a partir del cual ordenar y pensar los cambios que la migración trae en sus vidas.

[...] a veces nos ponemos mal, porque extrañamos a nuestros paisanos, a nuestras familias, aunque acá hay muchos bolivianos, pero para nosotras no es lo mismo que estar allá (Alicia).

[...] nos ayudamos para mandar cosas; si una viaja a Bolivia y la otra necesita algo, nos hacemos favores, ahora está difícil viajar, es caro (Marta).

[...] al menos las chicas me entienden cuando estoy medio mal, porque no puedo viajar para allá (Lidia).

La cooperativa de trabajo de tejedoras artesanales, creada en 2003, está conformada en su totalidad por socias que han migrado desde Bolivia, en busca de mejores condiciones de vida:

Mi marido vino primero, para ahorrar dinero [...] Allá vendía verduras, pero acá empezó a trabajar en la construcción, después me vino a buscar a mí. Acá hay más trabajo; allá, no tanto (Claudia).

La migración se constituye en la vida de las mujeres como un fenómeno común, que implica situaciones complejas, trascendiendo el mero cambio de residencia.

Cuando vine, me sorprendí; nunca pensé que en Argentina había casas tan chiquitas; allá en el campo no vivíamos en casas tan chiquitas, son grandes, tenemos patios grandes, no son de lujo, son de barro, pero tenemos espacio (Mabel).

Este cambio implica una nueva manera de construir y vivir su vida cotidiana, entablando nuevas relaciones sociales en un país donde migrar se constituye en un recurso a partir del cual los “trabajadores individuales y sus familiares se adaptan a las oportunidades desigualmente distribuidas en el espacio” (Portes, 2001).

Frente a dicho contexto de incertidumbre y flexibilidad laboral, las mujeres encuentran en la cooperativa un espacio donde sus

historias de vida y sus experiencias de trabajo en sus países de origen son la base para construir una identidad laboral común.

Entiendo a la identidad laboral como “[...] el modo en que el sujeto elabora un sentido para sí a partir de la multiplicidad de relaciones sociales implicadas en su trabajo y logra un reconocimiento para el mismo por parte de sus compañeros” (Francfort *et al.*, 2003).

La identidad se halla vinculada con las representaciones y con el modelo cultural dominante, entendiendo las representaciones como formas de conocimiento socialmente elaborado y compartido. La identidad laboral configura un sentido acerca de las pertenencias *colectivas* a un grupo; en esta dinámica son esenciales los procesos de socialización a lo largo del desarrollo vital como responsables del conjunto de aprendizajes e influencias relacionales que interioriza una persona en un contexto.

En este sentido, el tejido, como actividad laboral que las une, tiene una clara matriz cultural. En Bolivia, todas las escuelas cuentan con una asignatura en la que se enseñan trabajos relacionados con la costura, el tejido, las manualidades, entre otros:

[...] aprendí a tejer desde la escuela, porque es una materia allá (Alicia).

Pero no sólo hay un saber común y una condición de migrante que las reúne, también una condición de madre y esposa, que las lleva a elegir una determinada estrategia de trabajo, descartando otras.⁸ Esta realidad común se visualiza en el siguiente relato:

En el tejido tienes horas libres, puedes disponer de cuidar, de cocinar, de atender a tu esposo, mientras que en un taller vas de ocho a ocho y no puedes salir (Mabel).

En la elección de trabajar en la cooperativa también entran en juego cuestiones de la historia personal, como es el caso de la experiencia organizativa previa que traen de su país de origen, Bolivia, en lo que se conoce con el nombre de “Club de Madres”. Se

⁸ La referida situación será desarrollada en el apartado Contexto familiar.

trata de un conjunto de organizaciones de base, donde las mujeres comparten problemáticas y experiencias, como las dificultades que encuentran en la crianza de sus hijos.

Por otra parte, una de las asociadas comenta haber participado en una experiencia previa de trabajo cooperativo en Bolivia:

Yo he estado en las cooperativas allá en mi pueblo, en la crianza de los chanchos; cuando mi marido me dejó sola y se vino para acá, yo tenía mis chanchos. Había una cooperativa, éramos unas 18 personas que estábamos asociadas para hacer una granja de chanchos. Nosotros teníamos que conseguir el terreno y una empresa nos daba el alimento para criar a los chanchos, y nosotros poníamos la tierra y el trabajo. Tenías un ingreso, la venta es fácil, llevás a tus chanchos al mercado y vendés (Mabel).

Consideramos importante destacar que la migración constituye un factor social que limita la plena vigencia de los derechos o la posibilidad de autogestión del propio destino. Como mujeres migrantes, se encuentran en una situación de vulnerabilidad que las condiciona en su vida laboral:

Yo con esta cara no puedo salir a vender, no soy argentina, soy boliviana. No soy como vos, no soy de acá (Alicia).

A partir del relato de Alicia, consideramos pertinente hacer referencia al concepto que desarrolla Yúdice (2002:29) acerca de “la cultura como recurso”. Uno de los clientes de las tejedoras artesanales es la empresa Manos Tejedoras, que exhibe y vende en sus locales, situados en zonas de alto poder adquisitivo, los productos que se confeccionan en la cooperativa. La empresa tiene como imagen y lema revalorizar el trabajo artesanal de las comunidades que se encuentran en situaciones de vulnerabilidad.

La idea de las comunidades que revaloran lo aprendido en sus culturas de origen, realizando un trabajo artesanal y autóctono, es utilizada como estrategia de mercado para sacar rédito económico. Cabe destacar que los productos realizados por las tejedoras son vendidos en dichos locales a casi el cuádruple de lo que ellas perciben por realizarlo. Existe, en este mecanismo mercantil perverso, una apelación a la cultura como recurso. En la publicidad de

Manos Tejedoras la cultura es “estetizada” y “exotizada”, ocultando la desigualdad social y económica que entraña dicha transacción.

Cuando las mismas artesanas quieren vender en la feria de la calle Florida, su imagen de bolivianas inmigrantes, de clase baja, no encaja con la idea de diversidad estetizada, que es revalorizada y “puesta en vidriera” a partir del lema de Manos Tejedoras. Esto puede visualizarse en el relato de Claudia:

[...] es que no es tan fácil vender en una feria, vos porque sos argentina; pero, si yo me pongo ahí, me sacan; no soy de acá, me sacan por boliviana.

Las mujeres artesanas que venden en la calle Florida son vistas por algunas personas como inmigrantes pobres que deben ser expulsadas, ya que “afean la ciudad”.

Contexto familiar

En términos de Eroles (2003:37), el ámbito familiar se constituye en un contexto social básico, al ser la familia un condicionante con respecto a:

- El modo de ser familia, dado que no existe un mejor y único modo de ser familia sino una diversidad de formas de integrar el grupo familiar que son igualmente valiosas.
- Las funciones familiares, que se refieren a las funciones de contención afectiva y nutricia por un lado y normativa y diferenciadora, por otro. Habitualmente, se las equipara con la funciones de madre y padre, respectivamente.
- La trama vincular que tiene que ver con las crisis evolutivas por las que atraviesa una familia y con los conflictos que surgen de las relaciones familiares.
- La satisfacción de necesidades sociales básicas.

Para analizar los cambios que se han sucedido en los distintos modos de ser familia de las mujeres artesanas, a partir del trabajo en la cooperativa, creemos pertinente realizar una breve caracterización de la composición familiar.

La cooperativa está compuesta actualmente por seis socias,⁹ de las cuales cuatro están casadas con hombres bolivianos, y tienen entre uno y tres hijos. Las dos restantes son solteras, jefas de familia; una, tiene una hija, y la otra, dos hijos.

El concepto de “familia” está cargado de representaciones y establece modelos considerados de alcance universal que regulan los comportamientos y/o las funciones que cada miembro debe cumplir. Los modos de ser familia tienen que ver con las estrategias que llevan para sobrellevar las necesidades, obstáculos y desafíos que se les presentan en lo cotidiano.

En cuanto a su rol de madres, consideramos importante destacar que la función materna ha variado a lo largo de la historia y a través de las diferentes culturas. En forma reiterada aparecen en las entrevistas aquellas cuestiones que consideramos parte de las dimensiones propias de la función materna, tales como la nutricia, la atributiva y la anticipatoria.

Si bien hoy se asume que las funciones de contención afectiva y nutricia, por un lado, y la normativa y diferenciadora, por otro, pueden ser ejercidas por los distintos miembros de la familia sin que esto afecte el desarrollo de la vida familiar, encontramos que en las familias de las tejedoras artesanales las funciones están fuertemente asociadas con el modelo hegemónico de género, aun en las familias monoparentales:

Tengo que hacer de padre y madre (Claudia).

Con respecto a la función de contención, Claudia argumenta:

Mientras estoy tejiendo en casa, los estoy viendo, los estoy controlando, si hacen o no las tareas.

En cuanto a la función normativa, es ejercida por el padre:

Mi marido le dice a mis hijos que están mirando la tele: vamos, ayuden a ovillar a su mamá (Mabel).

⁹ Cabe aclarar que, a lo largo de estos años, muchas son las mujeres que han pasado por la cooperativa, con situaciones de mayor o menor permanencia, pero estas seis son las que presentan mayor estabilidad.

Las tareas domésticas recaen exclusivamente sobre ellas; el trabajo que desarrollan en la cooperativa se adapta a estas estrategias de priorización del rol de madres y esposas:

Para mí, este trabajo es una ayuda; sé que hay otros trabajos, pero con mis hijas no puedo yo; mientras, en cambio, llevo de acá trabajo, trabajo en mi casa, veo a mis hijas, les ayudo en la tarea, las llevo a la escuela, les cocino; en cambio, si salgo para afuera, es como abandonarlas a mis hijas (María).

Yo, cuando conocí la cooperativa, me quedé más que todo por mis hijos. Yo vivo cerca de la cooperativa, a cinco casas. Me sentía más tranquila tejiendo en casa, porque así no me preocupaba por los chicos, cuando están a mi lado les hago hacer las tareas. Yo venía aquí (a la cooperativa) a reír, hablar, conocer gente me hace bien. Al mismo tiempo, trabajamos bien (Claudia).

El rol de proveedor que atribuyen a sus maridos está fuertemente arraigado en las representaciones que ellas tienen acerca de un modelo familiar tradicional. A pesar de que en la práctica se dan situaciones de pérdida del trabajo de sus maridos, y ellas se convierten en el único sostén económico de la familia, el rol de proveedor sigue asociado a la imagen del hombre:

Lo mío ayuda, igual no es mucho; cuando mi marido se quedó sin trabajo, mantenía yo la casa, con el tejido (Mabel).

Se sigue reproduciendo así la distribución de roles asociada con el modelo hegemónico de género, sin el reconocimiento de que la mujer ha pasado a ser la jefa de familia.

Con respecto a cómo perciben sus maridos el trabajo que realizan en la cooperativa, las mujeres comentan que ellos están de acuerdo, y hacen hincapié en que “no descuido la casa ni los chicos”. En el relato de Marta visualizamos que la concepción que sus maridos tienen acerca de un trabajo digno influye en la forma de pensar el trabajo por parte de las mujeres artesanas:

A mi marido le gusta la cooperativa, no quiere que vaya a trabajar de limpieza. Me dice que no quiere que sea sirvienta de otros y que, si quiero ir a la cooperativa, él no me dice nada. Me dice “no quiero que te humilles”. Yo nunca he ido a trabajar en la limpieza.

El trabajo en la cooperativa no interrumpe sus labores de esposa, lo cual es visto positivamente por sus maridos, como se visualiza en el relato de Claudia:

Tendríamos que vender en la feria, pero es que yo no puedo, a veces peleo con mi marido. Y el único día para estar en familia es el domingo, no puedo irme, aunque quiera, no me dejaría.

Su rol de esposas se constituye en una norma y un modelo de mujer que no puede ser contradicho, aun existiendo deseos que se contraponen con dicho rol, como puede verse en el relato de Mabel:

Las chicas a veces se ven los domingos, fuera de la cooperativa, pero yo no voy, no puedo, tengo que cocinar.

Esta distribución de roles determina que el cuidado del hogar y de los hijos se entiendan como cuestiones que deben ser atendidas exclusivamente por las mujeres. La imagen de “madre y esposa” se refuerza con la asociación de la maternidad y la femineidad, valoradas en la personalidad de la mujer.

La vida cotidiana de las mujeres artesanas se desarrolla primordialmente en el hogar, en el ámbito privado, relegándose su salida al mundo público, al mundo exterior (la calle, el barrio, etcétera):

No salgo, estoy acá todo el día, voy a hacer compras, ahora también salgo para ir a la cooperativa, pero no mucho más (Mabel).

Se pueden visualizar aquí dos esferas sociales: el mundo de la producción y el trabajo, así como el mundo de la casa y la familia. El hombre es quien trabaja afuera siendo las mujeres las responsables de la domesticidad.

Las mujeres se adhieren a una relación de género hegemónica, en la cual uno de los miembros de la familia impone y normativiza, y el otro se adhiere, a pesar de no estar del todo de acuerdo. Dichas menciones a las relaciones genéricas son realizadas sin ningún juicio de valor, e intentan contextualizar e historizar las relaciones familiares que las mujeres tienen, y cómo éstas se entrecruzan con la construcción identitaria a partir del trabajo en la cooperativa.

En los relatos se hace visible en las quejas de las mujeres ante la “obligación” de hacerse cargo de todas las tareas de la casa:

Él llega y empieza a gritar: ¡cuándo está la comida!, como si fuese un restaurante (Mabel).

A veces me canso de él; me iría (Claudia).

Nos parece importante destacar de qué forma el rol hegemónico de esposas es un denominador común en casi todas las mujeres tejedoras, siendo la cooperativa un lugar de encuentro para desahogar y pensarse en esa relación que muchas veces genera angustia en ellas.

A veces peleo con mi marido y, cuando vengo acá, me olvido de eso; me hace bien estar acá (Alicia).

Acá charlamos, criticamos a nuestros maridos (Marta).

Más allá de que las relaciones de desigualdad persisten, la cooperativa es para ellas “su lugar”, en el cual las reglas y las maneras de relacionarse son construidas por ellas. El trabajo en la cooperativa ha generado cambios en la trama vincular de algunas mujeres, ayudando muchas veces a atenuar conflictos familiares. Ellas perciben a la cooperativa como un lugar propio:

Discutía con mi marido por estar entre cuatro paredes, no estoy acostumbrada a estar encerrada en una casa; me peleaba con mi marido, pero ahora no, tengo mi tejido (Marta).

La cooperativa se presenta así como una posibilidad de encontrar un espacio más allá de la casa, de sus hijos y de sus maridos. Hay una construcción identitaria que ya no pasa únicamente por su rol de madre y esposa, al constituirse la cooperativa en un espacio liberador.

En cuanto a las mujeres que están solas, hacen hincapié en no querer delegar su rol de madres en otras personas; ellas refieren que el trabajo en la cooperativa les permite “ganarse unos pesos” sin descuidar la crianza de sus hijos.

Siguiendo a Eroles, una de las características de las familias es la posibilidad de satisfacer las necesidades básicas de sus miembros. En este sentido, las socias desarrollan dos tipos de estrategias. Una *estrategia de demanda* (Eroles, 2003:48), mediante la cual solicitan asistencia a las áreas de políticas sociales del Estado, siendo todas beneficiarias del Programa Ciudadanía Porteña de la Ciudad de Buenos Aires.¹⁰ Y otro es una *estrategia de supervivencia*, a partir de la cual las mujeres intentan generar alternativas propias, que no dependan de la ayuda del Estado. En el relato de Mabel, podemos visualizar la importancia que presentan para ellas este tipo de estrategias:

Acá en la cooperativa no hay planes; nosotras trabajamos, todas trabajamos; si no se trabaja, no hay plata, no nos dan nada gratis.

Esta caracterización de la cooperativa realizada por Mabel, da cuenta de la conformación de una identidad laboral asociada con una determinada idea de trabajo. La cooperativa se constituye en una organización basada exclusivamente en el trabajo, en contraposición con otras modalidades de organización que se llevan a cabo en el barrio.

Contexto urbano

Siguiendo a Eroles, “la ciudad determina condiciones de vida y enmarca relaciones humanas, actitudes, conflictos y valores. En ella se gestan diversas situaciones problemáticas y ámbitos de interrelación humana” (2003:45).

¹⁰ El Programa Ciudadanía Porteña de la Ciudad de Buenos Aires está destinado a familias cuyos ingresos son inferiores al costo de la canasta básica de alimentos. Para acceder al servicio, es necesario ser residente en la Ciudad de Buenos Aires durante los últimos dos años y tener documentación argentina en regla. El subsidio se calcula con base en el costo de la canasta básica de alimentos y la composición familiar, para garantizar que todas las familias accedan a cubrir sus necesidades básicas, y se entrega en forma de tarjeta débito exclusiva para la adquisición de alimentos, productos de limpieza e higiene y combustible para cocinar.

El trabajo en la cooperativa, a partir del desarrollo de vínculos con pares mujeres, que atraviesan similares condiciones de vida, generó cambios en los vínculos y las relaciones que las mujeres mantienen, tanto con los miembros de su familia como con los miembros de la comunidad (barrio):

Sí, me cambió estar acá, porque ahora hablo; antes no hablaba, era calladita, no decía nada, todo era escuchar y no hablaba. Cada año que fue pasando me fui abriendo [...] Antes te gritaban o te decían algo, y calladita la boca, pero ahora ya no [...] Hasta en el hospital, no te atendían bien; te gritaban porque sos boliviano, aunque tengas hijos argentinos; ahora no me callo (Marta).

Agrega que, a partir del intercambio con sus compañeras en la cooperativa, “me fue dando más ánimo para salir, desenvolverme”.

En el relato de Marta podemos visualizar los cambios en el nivel subjetivo que ha experimentado luego de dos años de trabajo en la cooperativa. En relación con dicho cambio, Ana comenta:

Yo no soy igual que antes; cuando entro a un lugar, ya no tengo tanta vergüenza de hablar.

Contextos laboral y productivo: más allá del trabajo...

Siguiendo a Eroles:

[...] el hombre se realiza y desarrolla en el marco del trabajo, éste constituye una forma de “estar en el mundo” y guarda relación con la problemática socioeconómica (empleo, retribución, relaciones humanas) y con la problemática sociovalorativa (autodeterminación, autovaloración, solidaridad) (2003:37).

Para analizar el ámbito laboral y productivo de la vida cotidiana de las tejedoras artesanales, consideramos pertinente retomar la aportación hecha por De la Garza (2000) acerca del concepto ampliado de trabajo, que implica considerar los aspectos materiales e inmateriales del mismo, la incorporación de objetos simbólicos, su dualidad objetiva y subjetiva. Con lo cual el trabajo

no necesariamente consiste en una actividad exclusivamente instrumental, sino que puede tener su propio fin.

Para Dubar (2001:5), la identidad presenta un carácter dual, siendo ésta una definición de sí –de lo que somos o queremos ser–, hecha por nosotros mismos (identidad individual) y la definición de nosotros hecha por los otros (identidad colectiva). Por consiguiente, pondremos la mirada en analizar cómo conciben las mujeres su trabajo y qué sentido le atribuyen, sin olvidar la mirada y el reconocimiento por parte de sus grupos de referencia.

Autovaloración del propio trabajo

Por la forma en la cual las mujeres valoran y le dan un sentido al trabajo que realizan en la cooperativa, consideramos pertinente destacar cuáles son las ventajas que presenta para ellas trabajar ahí, utilizando para dicho análisis las dimensiones anteriormente mencionadas: el grado de satisfacción con las condiciones laborales, con la experiencia de trabajo, con la remuneración obtenida, con las perspectivas de futuro, con las representaciones asociadas al trabajo, con la percepción dentro del proceso de trabajo; todo ello, haciendo hincapié en el sentimiento de participación en el proceso productivo y en los vínculos construidos entre las mujeres.

Condiciones laborales valoradas por las artesanas

Las mujeres caracterizan su labor en la cooperativa como un trabajo que les permite desplegar una serie de posibilidades, tales como la capacidad de organizarlo ellas mismas, definir los tiempos de trabajo, mantener la crianza de sus hijos, realizar las tareas domésticas. Ellas expresan dichas ventajas de la siguiente forma:

Si estás trabajando en la limpieza, o en lo que sea, tienes que llegar a la hora que te dice la señora [...] Acá me organizo yo mis horarios, tengo más libertad (Ana).

Para mí, este trabajo es una ayuda, sé que hay otros trabajos, pero con los chicos no puedo yo; mientras, en cambio, llego acá y trabajo,

trabajo en mi casa, veo a mis hijos, los ayudo con las tareas, los llevo a la escuela, les cocino; en cambio, si yo trabajara afuera, sería como abandonarlos a mis hijos (Marta).

Habilidades valoradas por las tejedoras

En cuanto a las habilidades técnicas necesarias para el desarrollo del trabajo, visualizamos de qué manera quedan en un segundo plano al poner de relieve la importancia de los vínculos, destacándose las habilidades relacionales.

Al ser consultadas acerca de los distintos momentos que atravesó la cooperativa, las tejedoras artesanales hacen referencia a que hubo una gran movilidad con respecto a la composición del padrón de asociadas original. Las socias más antiguas dan cuenta de que en años anteriores habían surgido problemáticas que dividían en grupos a las trabajadoras, lo que generaba un clima de tensión y dificultaba la participación igualitaria. Había una desigual distribución del trabajo con base en las simpatías o rivalidades entre grupos:

No era como ahora, había peleas, y además no se repartía el trabajo para todas, algunas ganaban más y las otras no tanto (Claudia).

Con el correr del tiempo, esas situaciones fueron decantando y una de las asociadas, al ser consultada acerca de cómo se llega a la situación actual, da la siguiente respuesta:

Entrevistadora: —¿Quedaron las más habilidosas?

Alicia: —No. Quedaron las más tranquilas, las que no buscaban peleas, ni venían a competir. Además, ahora no es como antes; antes, si no sabían hacer un trabajo, nadie te explicaba; ahora todas aprendemos.

Ellas valoran que el espacio sea grato, divertirse, sentirse cómodas, no pelearse, por sobre las habilidades técnicas del tejido. Incluso, en varias oportunidades comentaron haberles enseñado a aquéllas que no sabían tejer:

Siempre enseñamos a otras, a hacer las terminaciones, formar el cuerpo de la prenda (Mabel).

En la evolución del grupo cooperativo se han privilegiado diversas aptitudes relacionales valoradas positivamente por las mujeres, que tienen que ver con los vínculos grupales. A partir de la construcción de relaciones de horizontalidad y cooperación desarrollan otra parte de su "ser mujer":

Para mí, este trabajo es un lugar en donde me divierto con otros, donde hay cosas nuevas, donde aprendo, y un lugar para pasar el rato. Me gusta que seamos todas mujeres porque así podemos hablar tranquilas (Marta).

Sí, la plata ayuda, pero no vengo acá sólo porque sé que voy a tejer y me van a dar plata; la semana pasada, por ejemplo, no había nadie a las 4:00 en el local, y entonces les fui a tocar el timbre a una por una, hasta que vinieron todas [...] Les dije vamos que hay que empezar. No quería tejer en casa, me gusta que nos reunamos, compartir, contarnos qué es lo que nos pasó en la casa, no por chusma sino por si a la otra le pasó algo que no puede charlar con su marido, o le pasó algo a los chicos en la escuela (Alicia).

Me quedé en la cooperativa porque me gustó el trabajo, y por compartir con las chicas (Ana).

Hace mucho me aburría en casa todo el día, ahora estoy más entretenida con mi tejido, no me aburro (Marta).

A partir de sus relatos, podemos dar cuenta de que las mujeres han encontrado en el grupo de pares que conforma la cooperativa un "*plus* simbólico" que no es lo que en un principio buscaban cuando comenzaron a trabajar ahí.

En la cooperativa las mujeres encuentran un lugar donde distenderse, donde estar con sus pares mujeres migrantes: "hablamos cosas de mujeres" (Alicia). Es un espacio para encontrarse entre iguales, sin sus hijos y sin sus maridos.

En los siguientes relatos podemos advertir el sentido que le atribuyen a su trabajo, y las dimensiones que son altamente valoradas por ellas:

Sí, me gusta venir, me divierte. A veces, tengo problemas con mi marido, en la casa; siempre hay cualquier cosita, pero acá se me olvida todo, me río, me olvido de la casa, hasta de mis hijos, tengo un poquito la libertad de estar tranquila (Mabel).

Para mí, la cooperativa es un lugar para compartir con las demás (Claudia).

Aquí es libre, ríes, charlas (Marta).

Podría tejer en casa sola, pero a mí me gusta así, grupal, porque es más divertido que estar sola (Alicia).

Ellas comentan que la construcción de un espacio propio, donde se sienten más libres y distendidas, no sería posible en un contexto de trabajo como el de un taller textil:

El trabajo en un taller es distinto, cada uno está en su lugar; a la hora del almuerzo, en una mesa, todos comen, charlas, tienes un rato para eso. Después de esa hora, de vuelta a la máquina donde te toca, y calladita. Cada uno con lo suyo. Pero acá no, es libre, hablas, ríes, eso es mucha ventaja (Marta).

Acá no es como en cualquier trabajo que, si tienes un problema, te echan si no les gusta lo que haces; acá es distinto, hay unidad, enseñanza, las cosas las arreglamos hablando (Alicia).

Las chicas antes eran más calladas; Marta y Alicia no decían nada en las reuniones; calladitas, tejían, y nada más; pero ahora están más abiertas, hablan, cuentan, se enojan. Después de un tiempo, parece que tienen más confianza en ellas. Cuando entré, no sabía hacer las terminaciones y me enseñaron las chicas; ahora yo también enseño a las nuevas (Claudia).

Compromiso y responsabilidad compartidos

Las tejedoras artesanales reciben la lana de determinadas empresas, y una cierta cantidad de pedidos, para ser realizados y entregados en determinada fecha. La división del trabajo se hace en función del tiempo que cada una puede dedicarle, existiendo una responsabilidad compartida en relación con el cumplimiento

del plazo estipulado con la empresa. Asumen, de esta forma, la responsabilidad sobre la materia prima y sobre la entrega de un trabajo, colectivamente.

El manejo propio del tiempo, y la posibilidad de decidir si tomar el trabajo o no, en función de la vida de cada una, representa para ellas una valoración positiva de la organización que han conseguido construir dentro de la cooperativa, pero también una autovaloración positiva de sus capacidades de autogestionarse:

Yo sé que tengo que hacer tanta cantidad de prendas, para tal día, y me organizo; yo hago esto, no necesito que alguien me diga que lo haga (Mabel).

Hay gente que no se adapta a este tipo de trabajo; acá no hay quien mande (Alicia).

Si vos hacés mal tu trabajo, lo tenés que deshacer y hacer de nuevo, porque hay que entregarlo bien hecho, y sin pasarte de fecha (Claudia).

Asimismo, hay un compromiso con el “estar” en las dos reuniones semanales que tienen.

El venir o no venir depende de nosotras; aquí no hay alguien que te reta o te echa; si quieres cumplir con la cooperativa, no faltas (Mabel).

Existe entre ellas un aprendizaje colectivo, basado en relaciones de solidaridad y cooperación:

Yo le decía que, si sabe tejer, le va a salir; un día le dije que intente con unas lanitas de sobra; así aprendió y se animó a hacer; la primer prenda fue con mi nombre; la segunda, con el nombre de ella (Mabel).

Cuando viene una nueva, le enseñamos los puntos (Alicia).

Los pedidos que las empresas les hacen son entregados con el nombre de las encargadas del tejido; en aquel entonces, Claudia no sabía tejer, y Mabel le dio una de las prendas que ella debía tejer para que se animara y practicara; cuando pudo hacerla, fue

entregada con el nombre de Mabel. Pero el pago de la prenda fue para Claudia.

Aquí visualizamos, no sólo una cooperación en la enseñanza sino una confianza y una responsabilidad compartidas. En el siguiente relato se refuerza dicha idea acerca de la responsabilidad compartida:

Si yo no tengo tiempo, y sé que quizás no voy a poder terminar con el trabajo, tengo que dejar que lo haga otro; si el otro no tiene trabajo y lo puede hacer, y yo sé además que puede hacerlo, no puede haber egoísmo de quedarse con los trabajos (Alicia).

Disconformidades y deseos

Las mujeres artesanas expresan, como uno de sus deseos, incorporar la venta directa de sus productos, sin intermediarios. Idea que ellas han intentado llevar a cabo en distintas oportunidades:

Intentamos; fuimos a una feria, pero no vendimos. Y otra vez fuimos y nos echaron (Lidia).

La relación entre el pago por el trabajo realizado y el precio final al que son vendidos los productos que ellas realizan, se presenta como una problemática y una disconformidad recurrente en las reuniones grupales.¹¹ En relación con esta transacción desigual, ellas visualizan como imprescindible incorporar la venta directa de sus productos:

Lo óptimo sería estar trabajando para uno mismo, porque, si no, siempre estamos trabajando para el otro, para que el otro venda lo que nosotros hacemos. No está mal pago, nadie dice eso, pero sería lindo que nosotros fuéramos los directos vendedores (Alicia).

Al indagar sobre la cuestión de la venta directa, encontramos que los discursos oscilan entre la culpabilización y la justificación. Algunas se culpabilizan por no poder concretar dicha idea:

¹¹ Cuestión comentada con cierta amplitud en el primer capítulo.

Más que nada, depende de nosotras [...] Estamos esperando que vengan a traernos los trabajos hasta acá. Yo creo que a veces tenemos la culpa nosotras. Hay que mejorar (Lidia).

En relación con el relato anterior, consideramos pertinente el aporte de Robert Castel (2004:60), quien afirma:

[...] resulta innegable que con esta individualización de las tareas y de las trayectorias profesionales, asistimos también a una responsabilización de los agentes. Son ellos los que deben afrontar las situaciones, asumir el cambio, hacerse cargo de sí mismos [...] pero en cierto modo están obligados a ser libres.

El mercado laboral actual incentiva a los sujetos a ser “empresarios de sí mismos” (Castel, 2004:59), quedando su trayectoria laboral librada a su responsabilidad, ocultándose así el real funcionamiento del mercado.

Incertidumbre sobre el futuro

Los cambios en el mercado laboral global requieren una serie de cambios actitudinales, estrategias de venta, necesarias para afrontar estas situaciones: “Tenemos que salir a vender, pero no salimos”. En las prácticas discursivas hay una necesidad de hacer legible una experiencia que contiene elementos contradictorios.

Algunas mujeres expresan dificultades a la hora de asumir mayores compromisos respecto de la cooperativa, más allá de la participación concreta en el trabajo de tejer las prendas en tiempo y forma. Algunas de ellas expresan una sensación de incertidumbre respecto a su futuro:

A lo mejor, el año que viene nos volvemos a Bolivia (Claudia).

Yo no me meto hasta el fondo porque no sé si me voy a ir (Mabel).

La integración y compromiso laborales se precarizan cuando el empleo es incierto, y no permite prever el porvenir profesional y clarificar las expectativas:

Sí, podríamos tener una estabilidad, si nos ponemos las pilas y buscamos clientes. Pero siempre estamos con la incertidumbre de si se va Mabel o se va Claudia, quedamos en la nada; si se van, no sabemos si sin ellas nos van a dar trabajo. Ellas van a pedir trabajo, y la gente ya las conoce (Alicia).

En relación con los incipientes canales de negociación desarrollados por la cooperativa, el hecho de perder una asociada, pieza clave en esta relación con el cliente por el grado de confianza que ha establecido, genera una sensación de inestabilidad e incertidumbre respecto del futuro.

Las artesanas consideran que la remuneración obtenida es reducida para el trabajo que ellas realizan, reconociendo que su trabajo “está bien hecho y vale más” (Ana).

Respecto de esto, Lidia comenta: “el trabajo es bueno, es prolijo, tenemos que poder ganar más por esto, el tema es que la venta es difícil”. Si bien hay una disconformidad con el ingreso, a partir del análisis de las entrevistas, notamos que no es la dimensión principal que ellas rescatan de esta experiencia de trabajo: “Ayuda, no es tan importante, pero igual no me iría a otro lado” (Mabel).

Valoración del trabajo por sus pares significativos

Entre el grupo de socias entrevistadas, hay un reconocimiento positivo de su trabajo por parte de sus maridos e hijos:

Mi marido me pregunta cuándo vuelvo, si estoy bien, cómo me llevo con las chicas; le comento lo que pasa, como él me viene a comentar lo que pasa en su trabajo (Lidia).

La labor de las tejedoras no es vista como un entretenimiento, sino que se respeta como un trabajo. Este respeto tiene que ver con la autovaloración positiva que ellas tienen de su trabajo, tomándolo con seriedad y responsabilidad:

Mis hijos me ayudan en casa a ovillar (Lidia).

En el único momento en que no me molestan, es cuando estoy trabajando; ellos entienden, saben cómo es mi trabajo, y lo respetan (Marta).

Sus familias le asignan una representación al tejido como un trabajo digno, en contraposición al trabajo de empleada doméstica.

A mi marido le gusta que venga, no quiere que vaya a trabajar de limpieza, me dice que no quiere que sea sirvienta de otros y que, si quiero ir a la cooperativa, él no me dice nada. "No quiero que te humilles". Yo nunca he ido a trabajar en la limpieza (Mabel).

Luego del siguiente análisis acerca del sentido que cada mujer le atribuye a su trabajo en la cooperativa, en relación con los distintos ámbitos de sus vidas, estamos en condiciones de afirmar que las mujeres artesanas conciben el espacio de la cooperativa como un lugar de encuentro a partir del cual resuelven diferentes problemáticas que se les presentan en su cotidianidad.

A lo largo del capítulo hemos visto cómo las mujeres, a partir del trabajo cooperativo, comienzan a tener más confianza en ellas, encontrando en las reuniones grupales un espacio de desahogo, contención, alegría y diversión.

A la hora de indagar acerca de lo que ellas más valoran de su trabajo, pudimos darnos cuenta de que se presenta como primordial la posibilidad de salir del lugar de madre y esposa para conformar así una nueva dimensión en sus construcciones identitarias.

CONSIDERACIONES FINALES

En la presente investigación se pone de manifiesto de qué manera el trabajo se constituye no sólo en una fuente de sobrevivencia material, sino también en un potencial espacio de anclaje identitario.

El trabajo cooperativo que las artesanas construyen cotidianamente pone en juego la posibilidad de transitar de manera creativa la situación problemática que genera la migración, las situaciones de vulnerabilidad social, las problemáticas de género, las dificultades

en el sostén de los diferentes roles familiares, reuniéndose en torno a la capacidad de desarrollar un trabajo a partir de saberes adquiridos en su país de origen. Al mismo tiempo dicha experiencia de trabajo se constituye en un lugar de pertenencia e identificación colectivo.

En primer lugar nos propusimos conocer y caracterizar la situación particular de las mujeres en relación con los diferentes ámbitos de la vida cotidiana. A partir de conocer cómo organizan su tiempo, sus días, cómo están compuestas sus familias, de qué manera llevan adelante los diferentes roles, pudimos dar cuenta de cómo el trabajo en la cooperativa se constituye, no sólo en una estrategia mediante la cual consiguen un aporte económico, sino también en una instancia de construcción identitaria que les permite pensarse más allá de las representaciones de madre y esposa.

Una vez analizadas las relaciones familiares, nos propusimos describir la modalidad de interacción social que surge entre las mujeres que participan de la cooperativa. Previamente al desarrollo de la investigación, nos surgieron preguntas e hipótesis acerca de cómo serían los vínculos entre las mujeres artesanas, si entre ellas se darían vínculos de cooperación, competencia, solidaridad o discriminación.

Nos propusimos analizar dichas relaciones, ya que considerábamos que condicionarían no sólo el ámbito laboral, sino la incidencia del trabajo cooperativo en sus vidas cotidianas.

Por último, indagamos acerca del sentido que las mujeres atribuyen a su trabajo en la cooperativa (subsistencia, movilidad social, autorrealización, aprendizaje, expresión, inserción en un tejido relacional).

En este punto, desarrollado en el último capítulo, es en el cual ahondamos la mirada para poder pensar, a partir de la autovaloración que las mujeres hacen de su trabajo, los cambios que la construcción de una identidad laboral asociada con dicho trabajo trajeron en sus vidas cotidianas.

A partir de las entrevistas realizadas podemos desarrollar las siguientes conclusiones:

- Las mujeres artesanas, a partir del trabajo en la cooperativa, logran construir vínculos de cooperación y horizontalidad. Éstos dan lugar a una serie de cambios en la forma en que las mujeres

se piensan y organizan sus vidas y en la manera en la que se relacionan con sus pares. Varias de las mujeres, comentaron sentir más confianza en ellas mismas, valorar su trabajo como un trabajo digno, disfrutar de sus días encontrándose con otras mujeres, para hablar cosas de mujeres.

- El cambio en las formas de vincularse ha sido expresado por varias de las asociadas, lo que da cuenta de una nueva manera de pensarse *en y con el mundo*. Sin embargo, consideramos que hay cuestiones de la organización laboral que se dan en la cooperativa que no les permiten resolver la desigual capacidad de negociación con los intermediarios, conviviendo en esta experiencia un espacio de reciprocidad en los vínculos contruidos dentro de la cooperativa, junto con situaciones de inequidad en las relaciones con el mercado.
- En un primer momento del proceso de investigación, dicha transacción desigual se nos planteaba como una problemática a analizar e indagar, pero luego, con el correr de tiempo reparamos en que la cooperativa no se erige en una nueva forma de organización laboral en un mundo ideal y solidario. El trabajo cooperativo está inserto en un mercado laboral capitalista, cuyas reglas no son ni la dignificación del trabajador, ni la mejora en sus condiciones de vida, ni mucho menos la construcción de grupos de pertenencia.

Por lo anteriormente dicho, consideramos que los resultados de la presente investigación deben ser doblemente resaltados, y no subestimados ni visualizados como una estrategia o vivencia trunca. Las mujeres artesanas construyen vínculos ahí donde la mayoría de los trabajadores reproducen relaciones de jerarquía y desigualdad, construyen su identidad a partir de y con el trabajo como sostén, sin fragmentar su identidad, como frecuentemente sucede en muchos trabajadores que conciben su trabajo como algo ajeno a su vida cotidiana.

Las mujeres artesanas nos cuentan en su experiencia que la posibilidad de un espacio de reciprocidad, compañerismo, igualdad, confianza y alegría en el trabajo es posible. Y es en ese “estar juntas” compartiendo, que ellas pueden desplegar estrategias en un contexto de vulnerabilidad y exclusión cotidiana, poniendo cada vez más en tela de juicio las alteratribuciones que los otros

hacen de ellas y valorizando cada vez más sus autoatribuciones, a partir de una confianza construida individual y colectivamente.

Consideramos que la presente investigación y las potenciales repuestas, preguntas, negaciones y afirmaciones que de ella se deriven, constituyen una oportunidad para los trabajadores sociales de conocer un área temática poco abordada por la profesión, tan necesaria y primordial para todos los seres humanos: el trabajo y la posibilidad de un anclaje identitario a partir de éste.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Luis Enrique (1998), *La mirada cualitativa en sociología*, Madrid, Fundamentos.
- Berger, Peter L. y T. Luckmann (1986), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Basualdo, Eduardo (2001), *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes/Flacso-Idep.
- Castel, Robert (2004), *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial.
- Cortez, Sergio (2014), "Acompañamiento del sujeto en su lazo", (inédito).
- Cuché, Denys (2002), *La noción de cultura en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Dubar, Claude (2002), "El trabajo y las identidades profesionales y personales", *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, vol. 7, núm. 13.
- Duschatzky, Silvia y C. Corea (2002), *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Buenos Aires, Paidós.
- Eroles, Carlos (2003), *Familia y trabajo social. Un enfoque clínico e interdisciplinario de la intervención profesional*, Buenos Aires, Espacio.
- Francfort, I., F. Osty, R. Sainsalieu y M. Uhalde (2003), "Condiciones de trabajo e identidad laboral en el sector hotelero en la comunidad valenciana", en Martínez Morales, Ignacio, Madrid.
- Garabito Ballesteros, Gustavo (2009), *El trabajo en la identidad y la identidad en el trabajo*, Buenos Aires.
- Garza, Enrique de la y J.M. Hernández (2000), "Fin del trabajo o trabajo sin fin", en Garza, Enrique de la (comp.), *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*, México.
- Goffman, Erving (1993), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.

- Habermas, Jürgen (1987), *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus.
- Heller, Agnes (1994), *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península.
- Iamamoto, Marilda (1997), *Servicio social y división social del trabajo*, Sao Paulo, Ed. Cortez.
- Noguera, José A. (2002), "El concepto de trabajo y la teoría social crítica", Barcelona, Universidad autónoma de Barcelona, paper núm. 68.
- Penna, Maura (1992), *Lo que hace ser nordestino: examinando hipótesis*, Buenos Aires, Erudita-Cortez.
- Portes, Alejandro (2001), "Debates y significación del transnacionalismo de los inmigrantes", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, núm. 49.
- Schmidt, Derli y V. Perius (2007), "Cooperativismo y cooperativa", Buenos Aires, material extraído de la Cátedra Vallone: Problemas Sociales Argentinos.
- Schuster, Federico (2007), "Familia y política. Apuntes para una dialéctica posible", Cátedra Eroles, nivel de intervención III, Universidad de Buenos Aires.
- Taylor, S.J. y R. Borgan (2006), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados*, Buenos Aires, Paidós.
- Varela, Julio (2003), "Migraciones, globalización y derechos humanos", ponencia presentada en la conferencia regional *Globalización, migración y derechos humanos*, Quito, Programa Andino de Derechos Humanos.
- Yúdice, George (2002), *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Barcelona, Gedisa.